

José Tolentino Mendonça

LA MÍSTICA DEL INSTANTE

El tiempo y la promesa

verbo divino



La mística del instante

José Tolentino Mendonça

La mística del instante

El tiempo y la promesa

Traducción de:
MERCEDES VAQUERO GRANADOS

evd

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

Diseño de cubierta: Francesc Sala

© 2014 Instituto Missionário Filhas de São Paulo-Paulinas Editora
Rua Francisco Salgado Zenha, 11 - 2685-332 Prior Velho-Portugal
© 2020 Editorial Verbo Divino

Traducción: Mercedes Vaquero Granados

Impreso en España - *Printed in Spain*

Impresión: GraphyCems, Villatuerta (Navarra)

Depósito legal: NA 1384-2020

ISBN: 978-84-9073-620-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

«El místico es aquel, o aquella,
que no puede dejar de caminar».

Michel de Certeau, *La fable mystique*

ÍNDICE

PARA UNA ESPIRITUALIDAD DEL TIEMPO PRESENTE	17
Hay más espiritualidad en el cuerpo.	21
El cuerpo es la lengua materna de Dios	23
La sociedad del cansancio.	26
Combatir la atrofia de los sentidos	27
Desde el prisma del sufrimiento	29
Desde la perspectiva del duelo	30
Desde la óptica de la reclusión de la vida por la rutina	32
Desde el punto de vista de la comunicación excesiva	34
Redescubrir el tacto	36
Regresar al gusto	38
Revisitar el olfato	41
Volver al oído	43
Abrir la vista.	45
Un proyecto de espiritualidad.	47

Encontrar una nueva relación con el tiempo	49
Descubrirse amado	51
Una mística con los ojos abiertos	54
El significado de la mística	56
¿Solo un o... o?	58
Creo en la desnudez de mi vida	61
El sacramento del instante	63

II. PARA UNA TEOLOGÍA DE LOS SENTIDOS	67
Pórtico	69
Tocar lo que se nos escapa	73
Tocados, solo eso.	73
A tientas, como si viéramos	74
Modos de tocar	75
Mi vida solo toca la franja	76
Baja a la casa del alfarero	78
El tacto de Jesús	79
La fe es una relación táctil	81
El espíritu llega como gesto de Dios	83
Tocados por la esperanza.	85
La soledad que nos toca	86
Déjate tocar.	88
El descubrimiento sensible de Dios	88
Agradecer lo que no nos dan	91

¿Tocó Tomás a Jesús?	94
¿Qué es lo que amo cuando yo te amo?	97
Cambiar de manos	98
Dejarse tocar por la misericordia	101
Cuando no nos dejamos tocar	102
El tacto en la sanidad	103
Debemos aprender	104
¿Qué es un abrazo?	105
Buscar el sabor infinito.	107
El sabor de los orígenes.	107
La Biblia contada por los sabores	109
Un pan de mil sabores	110
Saborear a Dios.	111
El sabor en que nos convertimos	114
Un nuevo protocolo en torno a la mesa.	115
El sabor de lo que nos alimenta	119
A veces se celebran banquetes solo con palabras.	119
Buen domingo y buen almuerzo	121
Cuando no comer es una oración.	122
Elogio de la frugalidad	125
Quién da de beber a quién	127
¿Qué hacer con nuestro deseo?	129
En el desierto, despiertas una fuente	132
Espacio para saborear	134

Somos el país del agua, y sin embargo.....	136
La soledad que nos lleva a la fuente	138
Sentir y gustar	139
Tiempo necesario para apreciar el sabor. . .	140
El único sabor	143
Captar el perfume del instante.	147
El lenguaje invisible del olfato	147
Mi olor cuenta mi historia	148
A través del perfume se llega a la esencia de una vida	149
El olor es la primera oración.	150
Somos para Dios un olor.	151
Para leer con la nariz.	153
El consuelo del perfume	156
Perfume y hospitalidad	157
El despilfarro necesario.	158
La casa se llenó de la fragancia del perfume	162
El perfume de la fe	166
La nariz en la Biblia	167
Perfume y espacio sagrado.	168
La descalificación del olfato	170
El control social de los olores	171
El olor y la memoria	172
El aroma del café.	173

El olor nos protege	173
Una antiutopía	174
Pequeñas epifanías	175
Solo la paciencia nos lleva al olor del instante	176
Escuchar la melodía del presente	181
Abre el oído de tu corazón	181
Cuando la arcilla escucha el aliento.	182
La escucha es una forma de hospitalidad . .	182
Oír cómo crece el bosque	183
La alegría errante	185
La escucha y el sabor de la presencia	186
Vivir en la escucha del Evangelio.	188
La obediencia como ejercicio de escucha. .	190
Quien pueda entender, que entienda lo que dice el espíritu	191
Hazte el sordo y oirás	193
Una escucha olvidada.	195
El arte de la escucha es un ejercicio de resistencia.	196
Amas a quien realmente te escucha.	198
Oír el silencio	199
Aprender a escuchar lo que pedimos	201
La música simplemente se deja escuchar . .	203
La voz de la realidad	205

Lo que se nos dice	206
Al oír al barrendero de las hojas caídas.	208
Mirar la puerta entreabierto del instante	213
Levantando los ojos	213
El secuestro de la mirada.	214
El drama del jardín	215
Una palabra que nos sirva de espejo.	217
Vi tu sufrimiento.	218
Ven a ver salir el sol	219
La noche es luminosa	220
Los aprendizajes de la mirada	221
¿Ves algo?	223
Cuando la lámpara te ilumina con su fulgor	227
Mirar de frente el misterio de la cruz	228
El terapeuta de la mirada	229
En el interior de esta flaqueza	230
Asumir la insuficiencia de mi mirada.	231
Solo cuando reparamos, empezamos a ver	235
Abrid los ojos	235
Poder mirarme	239
No desistas de mirar el mundo a través de los ojos de Dios	241
Los ojos tienen dos funciones.	244

La contemplación comienza cuando aceptamos que no sabemos ver	245
Acceder a las profundidades de la vida. . . .	246
Espejito, espejito.	247
Las manzanas de Cézanne.	248
Esperar para ver florecer	249
Mirar a las criaturas.	251
Construir la atención	254
Reaprendemos a cada instante	256
Mira todo de nuevo por primera vez.	256
¿Qué he visto?.	258
Mendigos mirando la luna	259
El color de lo que no llegamos a ver.	260
Mirar sin miedo el futuro	263
Como jirón de nube	264
Bibliografía	265

I

PARA UNA
ESPIRITUALIDAD
DEL TIEMPO PRESENTE

Si tuviéramos que buscar un sinónimo de *espiritualidad* diríamos, sin riesgo a equivocarnos mucho, *interioridad*. También la interioridad parece ser la noción más afín a la idea de mística. «Cierra la puerta de tus sentidos / y busca a Dios en lo profundo», sugería uno de los exponentes del pietismo en el siglo XVIII. Su propuesta representa bien lo que podríamos denominar «mística del alma». ¿De qué se trata? De considerar que el camino que nos lleva a Dios es fundamentalmente un ejercicio interior que implica una relativización o incluso una renuncia a los sentidos corporales. Para alcanzar lo divino, el alma tiene que sumergirse en su propia alma. Lo divino se oculta a las posibilidades del cuerpo y a su gramática, y solo se deja detectar por el radar de la más estricta profundidad. Lo divino es el misterio. El camino pasa por desconectarse del mundo, del mundo habitual y cotidiano, y volver a entrar en el espacio interior, ese sí, la morada que guarda a Dios religiosamente.

En una obra que causó gran impacto en la imaginación cristiana, con el emblemático título *De la verdadera religión*, san Agustín decía: «No quieras derramarte fuera; entra dentro de

ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad». Hay que reconocer que gran parte de la mística cristiana, la más antigua e incluso contemporánea, ha comentado este motivo hasta el infinito, lo que demuestra lo oportuna que es una relectura de este precioso patrimonio a la luz de una antropología más integradora. El gran san Juan de la Cruz, por ejemplo, en la segunda mitad del siglo XVI, explicó que «cuanto el alma va más a oscuras y vacía de sus operaciones naturales, va más segura». La ascensión al monte místico implicaba tomar como programa esta «noche sensitiva»: buscar «lo espiritual e interior» y combatir «el espíritu de imperfección según lo sensual y exterior». Pero ese modelo marcó y sigue marcando referentes de la mística cristiana más cercanos a nosotros. En pleno corazón comercial de Louisville, ciudad del estado estadounidense de Kentucky, hay una placa que indica que en 1958 tuvo lugar allí la segunda conversión del monje trapense Thomas Merton. En esa época, ya era un autor mundialmente conocido en el campo de la espiritualidad. El volumen que lo había dado a conocer diez años antes fue su autobiografía *La montaña de los siete círculos*, donde el paradigma de la huida del mundo estaba completamente presente. Caminando ahora por Louisville, inmerso en la frenética marcha de una multitud en ese epicen-

tro comercial, Merton tuvo la intuición de que en realidad no había diferencia o separación entre él y ese pueblo perdido y sediento. Se sintió simplemente miembro de la familia humana, a la que el propio Hijo de Dios quiso pertenecer. Nació así una nueva etapa de su espiritualidad, crítica con respecto a la primera. Thomas Merton entendía que la mística solo puede ser una experiencia cotidiana, solidaria e integradora.

Hay más espiritualidad en el cuerpo

La excesiva internalización de la experiencia espiritual por un lado y el desapego del cuerpo y del mundo por el otro, siguen siendo en gran medida destacadas características de la espiritualidad que se practica. Lo espiritual se considera superior a lo que vivimos sensorialmente. El primero se estima complejo, precioso y profundo. El segundo es visto como epidérmico y siempre un poco frívolo. Hay una sintomática condición descarnada en la existencia de lo religioso, que por voluntad propia se refugia en una representación de la alteridad en relación con el mundo, del que se considera (viene siendo considerado) distante, por no decir extraño. En la llamada «mística del alma», el Espíritu divino es radicalmente otro frente al instante presente. Y ante el destino histórico y pungente de las criaturas.

Sin embargo, no deja de sorprendernos el realismo narrativo que adopta la Biblia desde el principio. De hecho, en el centro de la revelación bíblica no encontramos las disociaciones que se han vuelto tan comunes entre alma y cuerpo, interior versus exterior, práctica religiosa y vida ordinaria. En el centro está la vida, la vida que Dios ama porque, como enseña Jesús, Él es «un Dios de vivos y no de muertos» (Lc 20,38). De la misma manera, tampoco encontramos ninguna aversión al cuerpo. Leeamos en el relato del Génesis: «Cuando Dios, el Señor, hizo la tierra y el cielo no había aún arbustos en la tierra ni la hierba había brotado, porque Dios, el Señor, todavía no había hecho llover sobre la tierra ni existía nadie que cultivase el suelo; sin embargo, de la propia tierra brotaba un manantial que regaba toda la superficie del suelo. Entonces Dios, el Señor, modeló al hombre de arcilla del suelo, sopló en su nariz aliento de vida y el hombre se convirtió en un ser viviente» (Gn 2,4-7). ¿Qué es este «aliento vital»? No es sino el aliento de Dios, su Espíritu que ahora pasa a estar activo en todo ser vivo, percibido como fuente misma de la existencia y codificado en los sentidos y manifestaciones vitales de la persona humana. Con la creación (es decir, desde el principio de los principios) se estableció una fascinante e inquebrantable alian-

za: aquella que une espiritualidad divina y vitalidad terrena. Porque ¿dónde experimentaremos mejor de ahora en adelante el Espíritu de Dios sino en el lado de la carne hecha vida? ¿Dónde entraremos en contacto con su aliento sino a través de la arcilla? ¿Dónde nos abriremos a su tangible paso sino a través de los sentidos?

La concepción bíblica se aleja a propósito de las versiones espiritualistas. Defiende una visión unitaria del ser humano, en la que el cuerpo nunca es visto como un revestimiento exterior del principio espiritual, ni como una prisión del alma, como pretenden el platonismo y sus réplicas tan diseminadas. A nivel creativo, el cuerpo expresa la imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,27). Como afirma Louis-Marie Chauvet, «lo más espiritual no ocurre de otra manera que en la mediación de lo más corpóreo». Por eso, podríamos adaptar la frase de Nietzsche: «Hay más razón en tu cuerpo que en tu mejor sabiduría», diciendo que «hay más espiritualidad en nuestro cuerpo que en nuestra mejor teología».

El cuerpo es la lengua materna de Dios

Anclados en la semilla divina que no solo transportan, sino que ellos mismos son, mujeres y hombres se descubren llamados a apropiarse de

un modo creativo, y con todos sus sentidos, del desmedido prodigio de la vida. La vida es el inmenso laboratorio para la atención, la sensibilidad y el asombro que nos permite reconocer en cada momento, por precario y escaso que sea, la reverberación de una presencia fantástica: los pasos del mismo Dios. Tenemos que mirar de nuevo al cuerpo que somos y a nuestra existencia como profecía de un amor incondicional: «Tanto amó Dios, que no dudó en entregarle a su Hijo Único, para que todo el que crea en él no perezca, sino tenga vida eterna» (Jn 3,16), escribe el evangelista Juan. El cuerpo que somos es una gramática de Dios. Aprendemos a través del mismo, no solo mentalmente. Merleau-Ponty nos recuerda con razón que nos conectamos a nuestra lengua materna mediante el cuerpo, incluso antes de aprender el idioma: esos signos sonoros tuvieron que habitarlos primero, estuvieron sumergidos durante mucho tiempo en la memoria nocturna del cuerpo, se inscribieron en nuestro sueño, se tatuaron en nuestra piel. No es distinto con el lenguaje de Dios. Es maravillosa la imagen que nos ofrece el salmo: «Tú nada desconocías de mí, que fui creado en lo oculto, tejido en los abismos de la tierra. Veían tus ojos cómo me formaba» (Sal 139,15-16). Esta imagen nos muestra que nuestro cuerpo es él mismo lengua materna. Lengua materna de

Dios. Por eso, la «mística de los sentidos o del instante» que propondremos, en oposición a la «mística del alma», solo puede ser una espiritualidad que encare los sentidos como camino que conduce, y puerta que nos abre, al encuentro con Dios. «Este misterio radical –escribe el teólogo Karl Rahner– es proximidad y no distancia, amor que se da a sí mismo y no juicio». Dios nos espera en todo lo que encontramos. No se trata de volver a entrar en la esfera íntima y olvidarnos de todo lo demás. El desafío consiste en ser uno mismo y experimentar con todos los sentidos la realidad de aquello y de aquel que viene. El desafío entraña lanzarse a los brazos de la vida y escuchar el latido del corazón de Dios. Sin fugas. Sin idealizaciones. Los brazos de la vida como ella es. Recuerdo ese documento humano irrenunciable que es el diario espiritual que Ety Hillesum escribió en el campo de concentración. En las horas más oscuras de la historia contemporánea, y sin expectativas de ser escuchada, confesó: «Qué extraño es esto. Hay guerra. Hay campos de concentración. Las pequeñas crueldades se amontonan cada vez más [...] conozco la gran cantidad de sufrimiento humano, que va en aumento. Conozco la persecución y la opresión [...] Lo sé todo y voy acumulando cada trocito de realidad que me llega. Y aun así, en un momento de descuido y de abandono, me